PRÓLOGO

AL LIBRO DIEZ Y SEIS

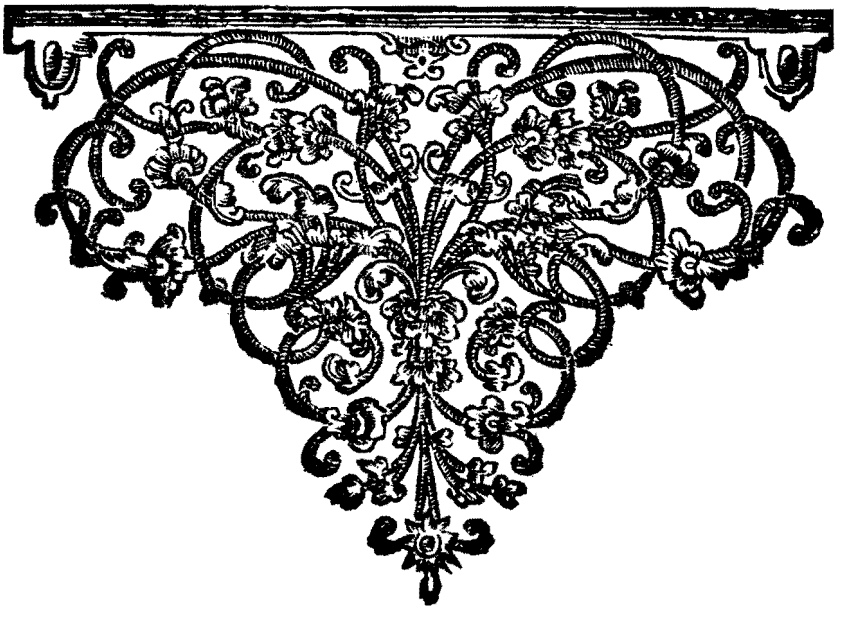
A FE ENTERA Y VERDADERA Y NO FINGIDA es muy necesaria para la justificación del hombre, y en esta verdadera y constante se debe persistir para conseguir su salvación y bienaventuranza, la cual destruye y echa del alma las tinieblas de la infidelidad. Por lo cual (según dice Francisco de Mayrones)[1] es llamada estrella de la mañana, porque previene al sol del conocimiento y de la justicia; porque por ella nace el día de la gracia y es la raíz de todos los bienes y virtudes; la cual arrancada del ánima y corazón del hombre todas las virtudes morales de que pueda estar adornado se secan y marchitan. En cuya comprobación dijo San Gregorio: Así como los ramos de un árbol sin la virtud de las raíces no crecen, así también las obras (aunque parezcan buenas) no son de ningún valor, ni efecto, si se apartan del jugo y humedad de la fe; porque el que carece de fe carece también de todo bien. Por esto dijo Cristo: Mientras tenéis luz aprovechaos della, y vuestros pasos sean en la duración de su claridad, porque no os cerquen y cubran las tinieblas. Como si dijera: Aprovechaos del día claro de la fe, porque no caigáis en las tinieblas de la infidelidad, en las cuales andaréis a ciegas dando de ojos en cien mil cegueras. Destos hombres ciegos con las tinieblas de la infidelidad e idolatría, dice el Espíritu Santo en los *Proverbios*:[2] Los que dejan el camino cierto y derecho, y andan por senderos oscuros y tenebrosos, no saben el camino que llevan; porque si supieran las penas que se les aparejan, al fin de la jornada, no caminaran tan neciamente por la oscuridad de la maldad, de la infidelidad e idolatría. De lo dicho se infiere que todos los idólatras, que con ceguera del demonio han seguido su falsa adoración y errado desconcierto, han ido ha parar a los tormentos eternos a que está condenado, desde que con desvergüenza y atrevimiento pecó y fue desterrado del cielo. Y dolido desta perdición, el devotísimo San Bernardo dice: Alumbrémonos con la luz y claridad de la fe, antes que salgamos de las tinieblas desta vida para aquellas eternas y perpetuas del infierno; porque los que sin fe mueren van a dar a ellas como desalumbrados.

Estos indios occidentales anduvieron envueltos en estas tinieblas de oscura infidelidad todo el tiempo que por engaño del demonio le sirvieron, durmiendo en el sueño del pecado, Desta dicha infidelidad (como vimos

[1] Mayron. Serm. 78 cons. 8. con. 1.
[2] Prov. 8.

en el primer tomo desta historia, en la introducción de su *Monarquía)* y maneras con que se hacían mal y daño, los unos a los otros. Y en el segundo, los errores que siguieron, adorando dioses falsos y haciéndoles tantos servicios, tan horrendos y abominables, festejándolos con tanta solenidad y aparato, y creyendo de ellos falsa y mentirosamente ser dignos de todos aquellos servicios. Pero cuando llegó la plenitud de tiempo en el cual Dios se apiadó dellos enviando sobre sus corazones a su ungénito hijo, por gracia convirtieron aquella noche del pecado de infidelidad e idolatría (como dice David) en día de claridad de gracia; lo cual vimos en el libro pasado, en el cual se ha dicho de la venida de los ministros evangélicos y predicación que del santo evangelio fueron haciendo, con que convirtieron, al conocimiento de un solo Dios verdadero, los idolátricos pechos y corazones destos indios. Ahora en este que se sigue se da razón de la administración de los sacramentos, comenzando por el del bautismo, por ser la puerta por donde entraron al rebaño de Jesucristo, haciéndose ovejas suyas, para ser conocidos del pastor divino que, dejando las noventa y nueve en su celestial aprisco, vino a buscarlas como a descarriadas y perdidas, las cuales entrando por esta puerta del agua bautismal, merecieron nombre de cristianos; y no sólo debemos pasar por la consideración de haber recebido tan apriesa y en tanto número este tan necesario sacramento, pero pido, también, que con atención se advierta la entrañable devoción con que venían a él, como ganado sediento, pastoreado del demonio, en los arenales de la infernal Libia; donde careciendo del agua de la primera gracia, que en él se comunica y administra, estaban entre víboras y serpientes de abominables vicios, dándoles a beber ponzoña de maldad, en lugar de agua de salud eterna. Los cuales advertidos, por el conocimiento de la fe, deste manifiesto engaño, dejando aquellos diabólicos desiertos, donde el demonio los traía mal apacentados, y sedientos, se vinieron a la voz del verdadero pastor, que dice: Todos los sedientos veníos a mí, que tengo aguas suficientes con que hartaros; cuya virtud es dar vida eterna y hartura perdurable.

Esta voz (pues) trajo a estas gentes a la fuente bautismal, a beber estas divinas aguas, y a gozar deste beneficio, no con tibieza y flojedad (como suele el que no está sediento) sino con aceleración y pasos apresurados, como los que de sed morían. Y en tanto, y tan crecido número, que parece increíble decirlo. Y porque a este sacramento se siguen por orden los de la confirmación, matrimonio y los demás que tiene ordenados Dios en su santa iglesia, por eso van en este libro distribuidos, según que se fueron introduciendo y ejercitando; y aunque son concernientes a las cosas del libro pasado no quise mezclallos con ellas, porque las materias se viesen más distintamente.

Bien es verdad que viendo el demonio su perdición, y lo mucho que prevalecía contra su malicia el trabajo destos apostólicos varones, ministros destas nuevas plantas, quiso sembrar cizaña en esta mies del Señor (como él mismo Señor cuenta, en una de sus parábolas), y así solicitó algunas inquietudes y estorbos para que el santo bautismo no prosiguiese con la pujanza y viveza que había comenzado; pero como contra Dios no hay

resistencia, fueron todas vencidas y desbaratadas y el bautismo prosiguió y el demonio fue vencido. Aquí se verán casos muy particulares sucedidos en la prosecución de la administración destos santos sacramentos, los cuales deben poner al lector en muy particular consideración de los altos y soberanos beneficios de Dios, que no olvidándose de sus antiguas misericordias, las usó tan a manos llenas con estos pobres y descarriados indios, tan faltos de bienes y tan cercados de males, ajenos de Dios, que era su criador, y propincos del demonio, que los traía engañados; y vencidas las dificultades que entre los ministros se ofrecieron, fue prevaleciendo el manípulo o manojo de espigas de Cristo nuestro señor, como el de Joseph, entre sus hermanos, y multiplicándose los creyentes y extendiéndose esta indiana iglesia, con prosperísimos aumentos, hasta los que ha habido en los tiempos presentes, que son de muchos cristianos, con grande gloria de nuestra santa madre iglesia católica romana, de la cual goce hasta la bienaventuranza. Amén.